

El mar que nos trajo

Griselda Gambaro

Desde hacía unos años, experimentaba el impulso de escribir la historia de mi familia a partir de su origen, no porque en ella se hubieran producido hechos resonantes, sino porque esa familia guardaba para mí el secreto de sus sentimientos. Conocía imperfectamente las vicisitudes que habían pasado sus integrantes, pero qué podía decir yo respecto de lo que habían sentido esos seres tan lejanos de mí en tiempo y circunstancias, y a la vez no tan lejanos puesto que había conocido a algunos y llevaba su sangre. Me preguntaba por qué reaccionaron como lo hicieron ante lo que les tocó vivir, cuáles amores, odios, rechazos, alegrías y amargas marcaron sus actos. Cómo aceptaron al costo de la dicha la moral de la época, qué pasión iracunda, qué entrega mansa mostraron ante las costumbres y prejuicios.

184 185

Develar el secreto, intentar comprender fue mi propósito.

Cuando comencé a escribir utilicé la primera persona en el relato movida por cierta idea de la *veracidad*, ya que se trataría de una obra de algún modo autobiográfica. Sin embargo, no pude superar una barrera: esa proximidad fastidiosa que revela al autor antes que a sus criaturas. Pronto me di cuenta de que no tenía la espontaneidad de Nira Etchenique en su primera persona de *Judith querida*, ni la convicción soberbia de Marguerite Yourcenar empleando la misma forma al contar a sus ancestros. Todo resultaba demasiado cercano, personal de mala manera. Varias páginas de ese intento frustrado permanecieron en mis cajones durante algunos años. Pasé a otros proyectos, escribí otras obras, olvidé incluso a esa familia cuya historia pedía un tono que no encontraba.

En cualquier texto, es siempre la primera frase la que decide las restantes, marca el estilo, esa respiración a veces lenta, a veces acelerada, pero siempre inconfundible que recorre las páginas. Y en un momento, como si el tiempo hubiera trabajado conmigo en la búsqueda de esa primera frase, así sucedió con *El mar que nos trajo*. No consulté siquiera las viejas páginas desechadas. De pronto surgió, seca y puramente narrativa: “En el verano del '89 se produjeron dos acontecimientos importantes en la vida de Agostino...”.

Y a partir de ahí, con ese tono, la historia empezó a contarse, no necesitó ser contada por mí, aunque yo estuviera atenta a los mejores medios para lograr en lo posible los mejores efectos. Esa historia me pedía un estilo casi despojado, una extrema sencillez en la escritura, como si esas vidas modestas que se relataban no consistieran sino en un lenguaje conciso, sin adornos, por más legítimos que éstos pudieran parecer en otras obras. Esos seres que habían vivido pequeñas existencias

de dolores y alegrías –ningún héroe, ningún político, ningún artista–, esos seres pobres de solemnidad, mayormente analfabetos, me reclamaban una coherencia determinada: no agobiarlos con el lujo del lenguaje.

No es sólo el lector quien lee, también el personaje se lee a sí mismo, y si no es capaz de descifrar las letras le llegan igualmente las palabras. Qué harían esos seres, me pregunté, con vocablos que no entendieran, con giros y abstracciones difíciles, con las ricas complejidades de una cultura que nunca les perteneció en la letra escrita. Me asaltó el deseo imposible de hacer literatura evitándola, concediéndole a lo que llamamos literatura una presencia mínima, transparente, con la que ellos pudieran sentirse cómodos y afines en la resurrección de su historia.

Debo confesar que, terminado el libro, la particularidad de su escritura me jugó algunas veces malas pasadas. Porque cuando la frecuentación del texto y luego la distancia me quitaron la emoción, no encontré esas frases eficazmente literarias que borran las dudas de un autor sobre su trabajo y le otorgan al menos la seguridad de su oficio, aunque permitan también, en algunos casos, que con muchos recursos se diga tan poco. Para vencer mis dudas sobre lo que había escrito necesité a los demás. Es la mirada ajena, como siempre, la que formula aquel veredicto que se produce lejos de las ambiciones o vanidades del autor. Y esa mirada ajena es la que me otorga ahora la convicción, más o menos estable, de que usé las palabras, frases y silencios que el texto imponía, que los personajes deseaban.

La historia familiar relatada en *El mar que nos trajo* transcurre alternativamente en Argentina e Italia. Comienza en el año 1889 y concluye poco después de la Segunda Guerra Mundial, en la época del peronismo. En la Argentina e Italia pasaron en ese lapso muchas cosas. Pero la Historia de ambos países es sólo un fondo en la novela, aunque a veces determine muertes, expulsiones y alejamientos. Sólo recurrí a material de investigación histórica para corroborar algunas fechas, algunos datos como los que se referían, por ejemplo, a las condiciones sociales y laborales a fines del siglo XIX y principios del XX. En otro orden, me fue muy útil un libro hoy agotado de Edmundo D'Amicis que me prestó Leopoldo Brizuela. D'Amicis había viajado a Buenos Aires precisamente en 1889, fecha en la que por coincidencia comienza la novela, y lo había hecho en primera clase, pero, observador sagaz, proporciona en su libro, *En el océano-Viaje a la Argentina*, enriquecedores aportes sobre la navegación y la vida de los inmigrantes que viajaban en tercera.

En lo que respecta a Italia, acudí a mis propios recuerdos de los lugares que se mencionan: la isla de Elba, un pueblo de Calabria, Bonifati, y otro innombrado que fue Pizzo, la cuna de mi abuelo materno, también en Calabria. Recordaba particularmente la isla de Elba, donde sucede el relato cuando se traslada a Italia. La había visitado hacía muchos años, conocido a los descendientes de Agostino quienes me acompañaron al pueblo bajo, cercano a la playa, y al alto, sobre la cumbre de una colina, a “la playa de arena y piedras romas”.

En las últimas frases de *El mar que nos trajo* expreso que es “una historia apenas inventada”, y es cierto. Lo que está inventado es más transposición que invención. Uno de mis amigos, calabrés de origen, me dio pie para el personaje de Nino, el anarquista que lleva su mismo nombre en la novela, “Nino Beniamino, el menor y más amado”, y que instalado en la Argentina es devuelto a Italia expulsado por la Ley de Residencia. Nino, el real, me contó de su pueblo en la Calabria, Bonifati, que conocí en un viaje y en donde “desde el mirador del pueblo alto, se veía el pueblo bajo y un paisaje de árboles”.

Me contó también, no para la novela, sino en una charla informal mucho antes de que pensara en escribirla, la historia “apenas inventada” de las clases en las que él había aprendido a leer, clases dadas por turno en las casas de Bonifati, con un

maestro que venía a lomo de burro de un pueblo vecino. Sólo traspuse la charla, no inventé ni el tiempo ni las circunstancias, apenas si las vivió otro personaje, el anarquista de mi novela que había soñado tanto con un mundo mejor.

Un libro se escribe mucho antes de que uno en realidad lo haga. Se ignora qué charla, qué recuerdo, qué experiencia, cuáles seres permanecen hasta llegar al texto. La memoria los guarda sin percibir por qué ni para qué objeto, simplemente los contiene como la materia que silenciosamente nos habita. Pero si llegan al texto, se descubre que están y el significado que esto encierra.

Cuando concluí *El mar que nos trajo* percibí el peso y significado de esas raíces que todos tenemos y a las que no prestamos especial atención. En mi caso, esos seres borrosos que estaban en mi origen se tornaron presentes y vivos, y pude comprenderlos en sus alegrías, desazones y sueños. Experimenté una especie de gratitud porque de algún modo sentí que me habían preparado el camino, alisado las piedras para que yo pudiera recorrerlo más fácilmente. Agradecí incluso la dura pobreza que marcó sus vidas porque esa pobreza, al cabo de los años, me permitió identificarme, no sólo desde el razonamiento sino desde la sangre y su deseo de justicia, con los que en esta época sufren parecidos pesares. Sin entrar a considerar los resultados estrictamente literarios, pude escribir lo que escribí en mis obras sobre los marginales y desamparados porque aprendí de ellos en la enseñanza inexpressada que transmiten las generaciones. No sé cómo ni qué hubiera escrito con un pasado de riqueza y poder. Ni mejor ni peor, pero de otra manera indudablemente. Les agradezco que me hayan permitido hablar de este lado de la justicia, con un impulso visceral y una conciencia de clase ya pasada de moda para nuestra desgracia.

186 187

Sé que se sometieron a las condiciones del exilio, confiados en un país que les prometía paz y trabajo y los veo ahora dolorosamente perplejos porque el país fue bárbaro en sus opresiones y la iniquidad social es mayor de la que padecieron. Si algo no imaginaron fue el horizonte estragado de nuestros tiempos, venían con expectativas de una naturaleza que sus descendientes ya no podemos tener en esta Argentina entregada a los designios del poder más fuerte. Pero si el pasado sirve es para mantener los lazos con lo mejor y más aleccionador de ese pasado, y ellos, si prestamos oídos a un silencio que pocas veces conoció la queja, nos conducen a no despreciar los sueños, a construirlos desde una realidad desgraciada para mantener vivo aunque sea el orgullo.

El mar que nos trajo habla también del mar “con sus rostros cambiantes, tan calmo como fijado en una serenidad inalterable o tan embravecido que la serenidad se recordaba como un imposible”. Mar que une y separa, y cuando separa revela a los inmigrantes y a los que permanecieron en el país natal, “la verdadera dimensión del océano, la verdadera distancia que consiste en no saber nada del otro”.

Ese título, *El mar que nos trajo*, fue el primero que surgió y surgió espontáneamente. No fui amiga de ese título al comienzo, ensayé muchos otros confeccionando listas, releendo poemas con la esperanza de que alguna línea iluminara el título ideal. Inútilmente. En un relato donde el tiempo corre en un lapso de más de cincuenta años, donde ninguna incidencia es más importante que la otra, el título parece negarse porque como todos los títulos, debe concentrar la mirada (la atención) en un punto de la historia que abarque implícitamente el resto de la misma. O bien debe definir el sentido total en cuatro o cinco palabras a lo sumo. Ninguna línea de poema, ningún título de lista, me acercó el buscado. Así que después de tantos rodeos, un poco por impotencia, un poco por cansancio, me decidí finalmente por aquel título pospuesto al principio: *El mar que nos trajo*.

Un título, como una persona, pide ser aceptado. Cuando lo hice, me di cuenta de que no podía ser otro, y aquí estamos, el título y yo caminando a través del re-

lato. Después de todo, a muchos nos trajo el mar y el mar que nos trajo todavía sigue impulsándonos del pasado al presente, como esos seres cuya memoria guardaba y cuyos sentimientos intenté comprender, sentimientos que no eran tan distintos de los que tenemos ahora, en el mismo mar de la vida que incluso en la muerte a todos nos envuelve.